

Capítulo 1

De cómo Pablo reflexiona sobre su ser y circunstancia

*Traigo penas en el alma
que no las mata el licor.*

¡**C**ómo me gustaría saber con qué miro! Ya sé que miramos con los ojos, pero ¿cómo son por dentro los ojos con los que miro? Don Urbano aseguraba que vemos con los ojos pero miramos con la cabeza y por eso si te dan un garrotazo en la nuca parece que te puedes quedar ciego. Y luego está ese refrán: cada cual mira la feria, según le va en ella. Por mi parte he pensado muchas veces que miramos con las palabras. Vemos una cosa y al contarla la adobamos de manera que, a veces, ni nosotros mismos recordamos cómo la vimos, sino que las palabras han sustituido a los ojos. Además está el tiempo. Las cosas que vimos el año pasado qué distintas son este año. Como si nada pudiéramos mirarlo dos veces, de la misma forma, en cuanto pasa un poquito de tiempo, ya nada es lo mismo. Y lo que hemos hecho, cuando volvemos sobre ello la mirada, ya no nos parece ni tan importante ni tan necesario; eso debe de ser porque, de la vida, el recuerdo solo conserva algunos colores, algunos momentos especiales. A mí lo que me pasa, además, es que se me pone en la mirada como una bolita

de agua. Cada vez que vuelvo los ojos hacia cualquier parte, se mueve con ellos, y lo que veo parece que lo miro a través del culo de una botella y tiene mismamente la cara pecosa y hoyosa de la tristeza. Siempre me ha pasado así y por eso pienso que siempre será así; aunque, en este caso, «siempre» solamente quiere decir todavía.

No sé si debo decir que siempre estuve triste, porque a más de uno puede parecerle exageración, pero al menos en mi persona, decir que soy triste es como decir: ese es bajito, y ese portugués es pretiño. ¡Qué se le va a hacer! Yo siempre he tenido la misma tristeza del gorigori de don Gumersindo en las misas de difuntos.

«Pasen, señores, pasen a velu. El xatu más machu. El que tien dos penes».

Sí; yo era ya un niño triste y pensaba para mí: —Más penas tengo yo.

«La mayoría nun tien denguna. Algunus tienen una. Peru... estu ye maravilloso. Pasen, pasen a velu: el gochu más sabio, el que tien dos cabeces...».

Había un altavoz colgado de un fresno y una mujer rubia, gruesa, pintada y repintada como una máscara de carnaval, que gritaba a la entrada de la barraca invitando a entrar para ver aquellos fenómenos. Allá abajo, si se prestaba atención, podía escucharse el gluglú de la Fuentina perfumado de hinojo y saúco y el murmullo continuo del reguero aromado con los olores confusos del primer verano. Entre los gritos de la mujerona aquella y en las pausas, el altavoz cantaba:

*Chin, catapún, chinchín,
gori, gori, gori, tarán, tan, tan.
Juanito llora
porque tiene vacía la cantimplora.*

¡La romería! A mí la romería no me producía ningún contento y mi madre:

—Bah, bobín, ¿nun gústate nada, ho? ¿Ni siquiera te divierten los asturianinos que han venido pa les fiestes? ¡Con lo alegres que son los nanus!

—No, mamá. Los enanos sobre todo me dan ganas de llorar y tirar piedras a la Guardia Civil.

—Hijo, yes un poquitín raru. ¿Vas a tener siempre la misma carina triste?

Yo le daba chupetones a una cachabita de caramelo de colorines y el vocalista de la orquestilla se arrancaba con «El señor Colón»:

*Taratachín, tachín tachón.
Ooooh, señor Colón,
ooooh, señor Colón,
fíjese cómo está el mundo,
oooh, señor Colón.
El señor Colón era zapatero,
gana con los pies
la mar de dinero.
Ooooh, señor Colón.*

Esto es el recuerdo más lejano que tengo. Ahora que me voy acercando al borde del horizonte, al extremo que entonces me parecía tan apartado, me digo:

—Tenías toda la razón de tu parte, Pablo. El mundo es coloradote y bestia, como esos gordos cuyo vientre se desborda por encima de la pretina. Pero tú no tienes culpa de eso, ¿verdad? ¡Si te hubieran dado otros ojos, el mundo sería de otra manera! Si te hubieran dado otro tiempo, el mundo sería distinto y tú no estarías a lo que estás. Y si hubieras nacido en otro lugar, mismamente en otro pueblo,

seguro que no estarías aquí esperando lo que esperas. Y si te hubieran dado con un palo en el cogote cuando naciste excusabas de todo: ojos que no ven, corazón que no siente, que decía mi madre.

A lo mejor llega el indulto o a lo mejor no, pero no me importa. El que no vuelve es mi abogado que vino a preguntarme si quería declarar últimas voluntades y le mandé a tomar por el culo —eso sí, con buenas palabras—, que ya hice demasiadas declaraciones, y voluntades no tengo ninguna desde hace muchos años. Como me han dicho que, si quiero, puedo estar escribiendo toda la noche, hasta las cinco de la mañana, más o menos, en que vendrán las autoridades, voy a anotar como sea, algunas de las cosas que me han pasado. Sé muy bien que las cosas más sencillas son difíciles de explicar. Ignorante como soy, a veces me da por pensar, como ya dije, que las cosas son, en parte, las explicaciones que se dan de ellas. Por eso y porque me queda poco tiempo, solo daré algunas; que no quiero aburrir a nadie contándole la mili. Y así como a mí me queda la libertad de escribir toda la noche, si alguien quiere leer lo que escribo en el cuaderno o por las paredes puede hacerlo, pero puede interrumpirlo también cuando le dé la gana; si no es ya que don Cesáreo pincha este cuaderno y las libretas del economato en el gancho del váter, donde todos los días cuelga trozos del Proa, del Afán y El Pueblo o manda al pintor para que encale las paredes. Escribo, además, porque se vea que, si nunca fui bueno, tampoco fui tan malo o *hijo puta* como pudiera parecer; y si caí tan bajo, como dice mi abogado que caí, hasta ser un pobre degenerado y un sicópata, que no sé muy bien qué sea eso, que se vea que, tal vez, parte de la culpa fue de esa especie de lagrimilla que me trastornó la mirada; porque la realidad, como digo, parte debe de estar hecha de realidad

y parte de mirada: parte la ponen las cosas y parte los ojos o la cabeza o el tiempo, o las palabras, vaya usted a saber. Y si me repito, haya paciencia, que ilustración no tengo y no por falta de deseo sino por falta de pesetas. Voy a escribir también, porque no es que crea que alguien pueda aprender nada de nadie, que no soy tan tonto que no me dé cuenta, sino que, como sé lo malo que es el hombre, escribo para que, el que lo lea disfrute con la desgracia ajena; porque, mientras contempla la desgracia y la muerte de los demás, el hombre piensa siempre que están lejos de su puerta. Aunque no fuera más que por eso, porque alejan de los hombres el miedo a la muerte, los que escriben cuentos y poesías son los que más beneficios traen a la humanidad.

A veces se vive muy razonadamente, muy bien y muy miradamente; tiempo es ese, en el que uno va tragando, —sí, don Eliseo, naturalmente don Eliseo, sí señor cabo, a mandar, señor cabo— nomás convencido de que las cosas son así y a joderse tocan, ¿no? Otras, es como cuando el mar que no lo vi nunca, pero dicen que es así, se revuelve y sube el lodo a la planicie del agua. No pasa nada, claro, porque ni siquiera hay tormenta, pero se te tuerce la mirada y te dan ganas de entregar la cuchara y ahí te pudras hijo de puta de mundo. Yo estoy ahora en esta segunda situación. Pero esto, como diría don Urbano, el practicante, son filomandangas para malentenderse, porque a mí, lo que me ha ocurrido es que si, como me dan ataques no me dieran, a buenas horas iba a estar donde estoy, camino de donde ando que, aunque podían haber servido de disculpa, según mi abogado, al fin no creo que sean suficiente razón como para que la conmutación de la pena me alcance. Ahora: también es verdad que no me importa. No quiero andar por ahí y que se pueda decir: —Se le hizo la gracia de la vida. Como si la vida, se mire por donde se mire, fuera

una gracia. Que digan: —Mira ese: lo indultaron... ¡fíjate! ¡Esa bestia indultada! ¡Si le dieran oportunidad volvería a matar!

¡Qué gracia tiene la vida!

Además de degenerado y sicópata, no quiero parecer un malnacido, aunque mi abogado y los informes de don José Onís, el director de Santa Isabel de León, han dicho cosas de mí y de mi madre que, a pesar de que no las he entendido muy bien, me parece que eran terribles; como que me fijaba en ella, que tenía deseos de poseerla o sea de joder pero que yo no lo sabía, y otras cosas y otras que, según don José Onís, el médico del manicomio nuevo de León, explicarían por qué maté a don Eliseo. Ya ve usted. Y eso que es gente muy estudiada. Nunca podré entender cómo gente cultivada pierde su tiempo buscando explicaciones fantásticas a las cosas sencillas que uno hace. Dejemos eso, que yo los perdono por la buena voluntad que han puesto en salvarme, aunque yo no sé si es buena idea lo de salvarme, como pasa en la religión, porque si es aburrido vivir o por lo menos desgraciado, vivir para siempre no creo que haya cristiano que lo aguante. Pero, eso sí, tener que andar dando compasión a los jueces, no me parece digno. ¡Bueno, pelillos a la mar! Yo, como digo, malnacido no he sido nunca, que una cosa es no conocer padre y otra ser un mal bicho, que eso quiere decir malnacido. Pero hoy, mirando hacia atrás, veo muchas cosas que no vi y que quizá no las vi o me parecían distintas por culpa de esa lagrimilla que digo. ¿Quién sabe cuántos, como yo, han padecido esa dificultad de mirada y en qué forma y medida la realidad es distinta justamente para ellos y para nadie más?

Don Federico tenía una mirada que daba susto a veces.

Decía don Federico:

—¿Recuerda usted, señora, si en su familia ha habido alguno que sufriera esos esparajismos que le dan a su hijo?

—Jamás. En mi familia, jamás.

—¿Y, perdone la indiscreción, en la del padre del niño?

Sonaba el tic-tic de un reloj de pared acompañando el rasgar de la pluma, y el humo áspero del cigarrillo de Caldo ponía niebla en los silencios del interrogatorio: —Son las seis menos cinco —pensé—. Alvarito lleva muerto una hora y diez minutos.

—¡Ah!, en la del padre, no lo sé. —Mi madre bajó la mirada avergonzada y añadió—: No conocí bien a la familia del padre.

Pero mi madre no lo sabía, ahora lo comprendo, porque no sabía quién era mi padre, que yo soy tan triste y tan hijo moza, que me parezco a cualquiera. Todavía hace unos meses, un gilón que me paró en la calle, me preguntó:

—Oiga, ¿usted no será hijo de uno que le decían Olegario?

Yo que no estaba para nada, porque había pasado lo de Serafinito, moví la cabeza y dije:

—No lo sé, señor, no lo sé. Pudiera. Hay muchas cosas que parecen ser y tener forma y condición y luego son otra cosa que nadie se esperaba, humo y viento. —Y el hombre se quedó pasmado y se alejó pensativo «qué gran filósofo» y luego se paró y se barrenó la sien con el dedo índice.

Y esta es otra razón de que la tristeza no me haya abandonado nunca; que todos los hijos de moza somos tristes, lamentosos y como desesperados. A veces oía a las comadres decir:

—Vaya, cómo se parece este chico al Rufino o al Marcelo.

Es claro que soy hijo de cualquiera porque con cualquiera me confunden, pero nunca aguanté que nadie me llamara *hijo de puta* a la cara; que si mi madre anduvo en malos pasos antes de que yo naciera; que si se marchó a

León y la vieron en la calle de Apalpacoños cuando me nació una mancha en el pulmón, allá se lo haya. Disculpable sí es porque hubo razones, y la primera es porque me quería y nos moríamos de hambre y aunque no las hubiera, es igual. Esas cosillas debieran ser remediadas por el Gobierno; porque un Gobierno que admite el puterío y la limosna como seguridad social, no merece el nombre de Gobierno, sino de rufián; que es muy bonito andar haciendo declaraciones en el Arriba o en el Afán que si las democracias patatín y patatán, y muy bonito los de antes venga discutir y discutir la ley agraria que nos iban a dar el oro y el moro y nos dejaron el moro y los de ahora venga andar inaugurando pantanos en los nodos y vivir como reyes y luego tener a la gente muerta de hambre y con manchas en los pulmones y venga sanatorios; qué bonito, ¿eh?

Don Federico, el médico, tenía la cabeza redonda y roja, o mejor de color gilvo; y sus ojos, el uno era azul y el otro de imitación, porque era de vidrio. Tres pelillos de fantasía le quedaban en la cabeza y, eso sí, sus gafas me daban mucho respeto porque parecía un hombre muy leído. El cuello lo tenía grueso y era muy fuerte que le asomaban unos pelos blancos por la camisa desabrochada. Lo recuerdo como un hombre viejo aunque no debía de tener más de cuarenta años cuando murió. Tenía en los labios mucho de bondad y mucho de tristeza, de descorazonamiento, pero no era hijo de moza. Se ve que, para eso, los estudios no ayudan. Las manos eran fuertes y chatas y en el dorso tenía muchas pecas. Cuando le hicieron la autopsia encontraron en la parte interior de los labios una costra hecha con las palabras que no pudo decir nunca y que de repente salieron volando como golondrinas atolondradas. Algunas chocaron en el techo y se estamparon allí. «El amor es la bestialidad refinada» decía una. Otra decía: «Después de lo

que ha pasado, lo que hay que hacer es callar». Hablaba de la guerra, no cabe duda y de la guerra de Europa. Seguramente le ocurría lo que a todos los presos que han pasado por esta celda, que terminaron escribiendo en las paredes. Escribía muy bien y muy deprisa y tenía mucha autoridad en el pueblo. Cuando se murió, se desnudó entero.